

U.N.L.P

**Facultad de Humanidades y Ciencias de
la Educación.**

Departamento de Sociología.

Tesina de Licenciatura:

“El menemismo en la encrucijada”.
*Perspectivas analíticas que lo abordan
como fenómeno político.*

Alumna: María Cecilia Erbeta.

Número de legajo:64462/1

Director: Dr. Aníbal Viguera.

Índice

- **Agradecimientos.**

- **Introducción.**

- **Parte I: Menemismo y Populismo.**

1.1 Usos y desusos del populismo en la historia política de América Latina.

1.2 En populismo en la década de los noventa en Argentina

- **Parte II: Menemismo y Democracia.**

2.1. La democracia en la Argentina de los noventa: entre la deliberación y el decisionismo.

- **Parte III: Consideraciones finales.**

- **Bibliografía General.**

Agradecimientos.

Esta Tesina de Licenciatura no hubiese sido posible sin el apoyo tanto afectivo como intelectual de un número importante de personas que me acompañaron, alentaron y guiaron no solo durante el proceso de elaboración de este trabajo sino durante mis seis años de carrera universitaria.

En primer lugar, esta Tesina se la dedico a mis padres, Milo y Liliana que me apoyan y alientan siempre todas las iniciativas que he tenido, de ellos aprendí que cuando se quiere, se puede. A mi hermana Anahí, por su compañía en mis mejores y peores momentos, sus comentarios críticos y su sentido del humor. A mis “segundos padres”, Zulma y Lalo. A mis abuelos Lito y Chiquita, mis primos, Silvina, Walter, Constanza, Martina y Alvaro. A mis tíos, Fredy, Marta y Ricardo. A la memoria de Alfredo, Adela, Catalina y Pedro.

A Horacio, por su amor, su compañía y por todo lo que nos quede por vivir juntos.

A mis amigos de toda la vida: Eugenia, Gimena, Guillermo y Carla. A las chicas de los jueves Ana, Valeria y Victoria. A dos personas maravillosas con quienes compartí “un hogar” Elena y Micaela.

A mi director de tesina, Aníbal Viguera por la seriedad y la responsabilidad con la que desarrolló su labor como docente, especialmente en el momento en que realicé este trabajo.

A Guillermo Quinteros por sus consejos, a Máximo Reffino por su compañerismo y a Gonzalo de Amézola por su apoyo incondicional.

Al aliento y comentarios brindados por Talía Guitierrez, Emir Reitano, Javier Balsa, Vilma Cabrera, Emilse Sosa Kolep, María Elena Infesta, Juan Carlos Bertoni, Patricia Giordana, Alejandra Luzi y Gimena Cánepa.

No puedo dejar de agradecer la buena predisposición que tuvo para conmigo Gastón Galli, los comentarios a mi trabajo y la generosidad con que me prestó sus libros. A Oscar Garay y Fernando Lopez por su sincero apoyo.

Introducción.

En la Argentina durante la década del noventa se producen importantes transformaciones políticas, sociales y económicas dada la implementación del llamado *Modelo* de corte neoliberal durante las dos presidencias de Carlos Menem. Se conforma de esta manera uno de los más largos períodos democráticos que ha tenido la sociedad argentina durante el siglo veinte, al mismo tiempo que asistimos a un proceso de polarización y a un notable aumento de la desigualdad inéditos para la sociedad en su conjunto.

Ya han transcurrido más de diez años y sin duda, la década del noventa pasará a la historia del país como la década “menemista”. En la actualidad, existe un clima político y social que se presenta como “antimenemista” decidido a olvidar rápidamente un decenio que ha sido, según Beatriz Sarlo, calificado como “horrible”.

La principal tarea que abordamos en este trabajo es la de recuperar las categorías analíticas que utilizaban los investigadores e intelectuales durante los noventa para pensar al menemismo como fenómeno político. Es por tal razón, que los trabajos reunidos aquí en su mayoría fueron escritos durante esta década, salvo contadas excepciones. Analíticamente los hemos separado en dos grandes grupos. En la Parte I de este trabajo encontraremos a un primer grupo de autores que han estudiado al menemismo en clave populista. Mientras que en la Parte II presentaremos a otro grupo de autores que analizan el desenvolvimiento de la democracia durante los noventa y el rol político que cumple Menem en dicho funcionamiento.

En la Parte III señalaremos qué aportes nos parecen relevantes de los autores y de qué manera contribuyen a explicar al menemismo como fenómeno político. En síntesis, buscaremos confrontar las distintas miradas anteriormente expuestas, señalando sus puntos de contacto y sus diferencias, no sólo en el ámbito de la teoría sino en como han sido aplicadas para el análisis de la vida política de la Argentina de los noventa.

Parte I: Menemismo y Populismo.

1.1 -Usos y desusos del populismo en la historia política de América Latina.

Luego de haber realizado una importante cantidad de lecturas que abordan la cuestión del populismo, se encuentra en las distintas definiciones del término una serie de *carencias* con respecto a lo que *debe ser* alcanzado como un modelo *ideal*. Explicita o implícitamente el término siempre se ha definido por la negativa, es decir, por una suma de ausencias con respecto al *desarrollo normal* de las sociedades capitalistas *democráticas* de Occidente.

Asimismo el cúmulo de bibliografía que da cuenta acerca del populismo es cuantiosa, razón por la cual decidimos utilizar un criterio de análisis para abordarla. En primer lugar, intentaremos ordenar todas las lecturas realizadas acerca del tema en dos grandes grupos.

El primer grupo se compone de todos los textos en los que se presenta una definición teórica de populismo. A su vez, dentro de este grupo, pudimos reordenar las lecturas ateniéndonos al criterio clasificatorio presentado por Viguera a partir de dos grandes dimensiones: *“los que privilegian, al definir al populismo, un determinado tipo de participación o de dominación política, y los que subrayan las políticas sociales y económicas que determinarían la naturaleza del mismo”*(Viguera 1993:50).

El segundo grupo estaría integrado por una serie de estudios de casos que aportan a la construcción histórica-empírica del populismo. Dado el objetivo de este trabajo nuestra mirada se dirige principalmente al primer grupo.

La primera línea de interpretación teórica sobre el populismo que abordamos se encuentra inserta dentro de la denominada “Teoría de la modernización” tan difundida en los ambientes académicos durante los años cincuenta. Aquí el populismo es considerado como un momento de transición *inevitable* entre el fin de un tipo de sociedad, la tradicional y el surgimiento y la consolidación de una nueva, la moderna. Esta visión se retroalimenta a su vez con una interpretación funcionalista de la sociedad, que tiene como referente

inmediato a Germani y sus seguidores más renombrados. Esta línea de pensamiento se basa en la dimensión política del populismo haciendo hincapié en la relación que se establece entre el líder y la masa.

La segunda línea significativa rescata los aportes de la Teoría de la Dependencia donde se puede vislumbrar renovadas acepciones del término que nos convoca. Desde esta perspectiva los analistas muestran que la dependencia “*se entiende como un modo particular de relación entre lo externo y lo interno, entre grupos y clases sociales “periféricas” y “centrales” y que implica una situación de dominio que conlleva estructuralmente la vinculación con el exterior*” (Mackinon y Petrone 1998:28). Hay un cierto acuerdo en mostrar al populismo como “*el reflejo de una nueva combinación entre la tendencia del sistema social y las imposiciones de la dependencia económica*”(Mackinon y Petrone 1998:29).

El concepto se construye a través de un discurso atravesado por tres grandes consignas: *nacionalismo, antiimperialismo y antioligarquía*. El Estado cumple un rol fundamental ya que busca a través de sus leyes la conciliación de las clases y la armonización del capital con el trabajo. Es en esta visión donde predomina nuestra segunda dimensión de análisis, el populismo de este modo es definido a partir de la implementación de un programa de políticas sociales y económicas.

Por otra parte, el populismo también ha sido considerado como una estrategia discursiva que puede ser utilizada tanto por la derecha como por la izquierda. Uno de los precursores de esta línea es el politólogo Norberto Bobbio, quien sostiene que el populismo se compone de todas “*aquellas fórmulas políticas por las cuales el pueblo, considerado como un conjunto social homogéneo y como depositario exclusivo de valores positivos, específicos y permanentes, es fuente principal de inspiración y objeto constante de referencia*”. En la misma línea se encuentra Laclau (1978:201) para quien “*el populismo consiste en la presentación de las interpelaciones popular-democráticas como conjunto sintético antagónico respecto de la ideología dominante*”.

Durante la década de los ochenta, Portantiero y De Ipola entienden que el populismo “*aparece como una voluntad colectiva de contradictoria articulación, estructurada a través de un conflicto entre tendencias a la ruptura y contratendencias a la integración*”.(Aboy Carlés 2002:pp.11-12)

En tanto que para Touraine (1998:331) *“populismo en América Latina es ante todo una política nacional-popular, expresión que une la referencia al pueblo como esencia, a la nación como colectividad amenazada por la dominación externa y sus consecuencias internas y el Estado como agente de cambio, pero también de expresión y defensa de la unidad nacional”*.

En la década de los noventa del siglo XX, el populismo como concepto pasa a formar parte del andamiaje teórico de la denominada *sociología de la decadencia*.¹ Zermeño (1998) en “El regreso del líder” realiza una descripción detallada del contexto socioeconómico compartido desde fines de la década de los ochenta por varios países del Cono Sur. Las sociedades para este autor, se hallan inmersas en una gran crisis en la que coexisten una serie de *males*: violencia desorganizada, retraimiento anómico, apatía atomizada, un mayor número de excluidos y una minoría privilegiada componen un marco propicio para la emergencia de un *líder que nos conduzca hacia el orden*.

La ausencia de una real cohesión social dada por las distintas asociaciones intermedias propias de la sociedad civil deja al Estado el terreno libre para manipular en forma directa a los ciudadanos. El nuevo orden estaría dado *desde arriba* y se presenta sobre todo para los sectores más desamparados de la sociedades como una *“solución de continuidad, cohesión nacional y reconstrucción de las identidades”*(1998:372). Para Zermeño este resurgimiento de la relación popular-nacional comienza a aparecer como la *“única forma sana de integración en la crisis”*(1998:372).

Roberts (1998) en su texto “El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano” presenta *“una novedosa paradoja: el surgimiento de líderes personalistas con amplio apoyo social que siguen recetas neoliberales para lograr la austeridad económica y realizar ajustes estructurales de mercado”*(1998:375).

En el texto la primera cuestión que se aborda da cuenta de la necesidad de disociar al populismo de cualquier etapa de desarrollo económico específico.² Esto permite explicar

¹ Esta denominación sustituye según Eugenio Tironi y el Instituto SUR de Chile a la sociología de la modernización de los años cincuenta. La misma se propone abordar el estudio de “la crisis de historicidad industrialista”. Es por tal motivo que resulta más pertinente utilizar conceptos de inspiración durkheimiana que hagan referencia a la disolución de la cohesión social, a la desintegración de las identidades intermedias y al repliegue en la esfera individual característica de la época

² La relación más común se establece entre el populismo y el modelo por sustitución de importaciones como una etapa particular de desarrollo económico. En este sentido, se retoma al populismo como un programa de políticas sociales y económicas, tal como lo planteamos dada nuestra segunda dimensión de análisis.

en parte, la aparente paradoja que se presenta con el surgimiento de los llamados líderes personalistas y la implementación de políticas neoliberales. Roberts nos sugiere la posible relación de *“nuevas formas de populismo que son compatibles y complementarias de las reformas neoliberales”* (1998:376).

El autor presenta, entonces, otro elemento de índole estructural para explicar la emergencia del populismo: *“en una región de profundas desigualdades y de extendida inseguridad económica, la mayor parte de las expresiones populistas tratarán de establecer un fundamento material para cultivar el apoyo de las clases bajas”*(1998:380).

En un contexto de exclusión como el que se presenta en los noventa, la aparición de diversos mecanismos de contención que provienen desde el Estado -a través de distintos programas de ayuda- hacia los sectores más excluidos de la sociedad no es un dato menor pues resignifica simbólicamente la relación del líder con la masa. Según esta visión, se produciría un intercambio de recompensas materiales por apoyo político a un costo más bajo que la implementación de políticas estatales de corte universalista del modelo anterior. A esto hay que sumarle otra ventaja relativa que tiene esta nueva modalidad clientelar y es la alta visibilidad que se le otorga a *quien da, como da y quien lo recibe*. Es en este ámbito donde se “resuelve” la tensión presentada con anterioridad: *“los líderes buscan establecer una base material para el populismo a nivel micro aun cuando las políticas a nivel macro resulten aparentemente excluyentes a antipopulares”* (1998:384).

Roberts define al *nuevo* populismo a partir de una serie de características que lo constituirían como tal. En la relación que el líder establece con la masa se sustenta sobre un patrón de conductas de tipo personalista y paternalista para la construcción del liderazgo político. En contrapartida, y dada la heterogeneidad social reinante, se conformaría desde los sectores subalternos una coalición de tipo policlasista. La movilización asimismo estaría dada desde arriba hacia abajo, acompañada de una ideología amorfa que se articula sobre un discurso “*antiestablishment*” y antielitista, especialmente dirigido hacia la clase política establecida.

La emergencia de este nuevo liderazgo es funcional en el transcurso de los noventa a la instauración de un proyecto económico que utiliza métodos redistributivos o clientelistas ampliamente difundidos para crear una base material de apoyo de algunos de los sectores más perjudicados del modelo. Según Roberts “*se pueden obtener dividendos políticos con el alivio de las penurias causadas por la hiperinflación sobre los sectores más vulnerables de la sociedad. Además los ajustes neoliberales pueden facilitar el otorgamiento de beneficios materiales más selectivos y direccionados hacia grupos específicos beneficios que se pueden utilizar como elementos de construcción de intercambios clientelistas locales*”(1998:383).

Con respecto al caso argentino, el autor afirma que “*Menem ha tratado de incorporar medidas económicas populistas selectivas en un proyecto económico neoliberal*”(1998:402). A través de los vínculos que el peronismo ha tenido con el sector obrero Menem logra dividir para luego reinar en este ámbito, otorgando selectivamente designaciones políticas y privilegios legales.

Roberts sostiene que “*la desinstitucionalización política ha sido una estrategia consciente de los líderes personalistas, que les ha permitido establecer relaciones sin ninguna mediación con las masas atomizadas que los siguen, y al mismo tiempo superar los controles institucionales sobre la implementación de reformas neoliberales.*” (1998:403).

El autor en las conclusiones de su trabajo muestra que el populismo “*es una característica recurrente en la política de América Latina. Su recurrencia es atribuible no tanto a una flebez personalista en la cultura política de la región, ni tampoco a los conflictos distributivos engendrado por las desigualdades socioeconómicas, sino a la*

fragilidad de la organización política autónoma entre los sectores populares y la debilidad de las instituciones intermedias que articulan y canalizan las demandas sociales dentro de la arena política (1998:404). En este apartado del trabajo y realizando un giro importante con respecto al hilo argumentativo anterior, el autor se inclina a sostener que la debilidad de las instituciones políticas serían el factor determinante para la aparición del populismo, sobreestimando otros condicionantes expuestos con anterioridad. Roberts argumenta que el nexo teórico entre el populismo y el neoliberalismo, entonces, se basaría sobre la desinstitucionalización de la representación política en medio de un contexto de crisis social y económica (1998:405).

En el trabajo de Alan Knight “El abrigo de Arturo Alessandri: populismo, estado y sociedad en América Latina, siglo XX” se presentan en forma sintética una serie de enfoques teóricos que han brindado una definición de populismo. Esto le permitirá al autor retomar algunos de los puntos del debate para pensar al concepto en el nuevo contexto socioeconómico que se presenta en el transcurso de la década del noventa. El trabajo aporta algunas elementos que nos ayudan a pensar acerca del tipo de relación que se establece entre neoliberalismo y neopopulismo en América latina.

Buscando superar las llamadas concepciones “minimalistas” del concepto, el autor entiende que *“el populismo no debe definirse solamente en términos económicos, pues también significa un estilo político, una retórica, una relación entre el líder y adherentes, una respuesta a la crisis, un medio de movilización, una forma de mediación política; como dice Wiles, “un síndrome, no una doctrina”. Implica, no tanto un proyecto económico o una alineación de determinadas clases, sino una combinación de ideas, de estilos, de relaciones políticas que muestran cierta coherencia funcional”* (1994:64).

Knight sostiene como argumento central la posibilidad de *“concebir un nuevo populismo- el último de la serie histórica- cuyo atractivo para el pueblo estriba en su rechazo del populismo clásico especialmente de sus fallos económicos, pero que comparta con su adversario un sabor autocrático, arbitrario, plebicitario y antiinstitucional”* (1994:66). En este sentido, el autor disociaría al populismo de un momento particular de desarrollo económico y su definición enfatizaría la dimensión de dominación política del mismo.

Se establece como un principio de legitimación a los mecanismos de redistribución como condición para la emergencia del populismo. Un punto en común que comparte Knight con Roberts es la diferencia existente entre las políticas que realizan los gobiernos en los distintos niveles (macroeconómico y microeconómico) y el rol que desempeña el líder articulando las “aparentes” contradicciones. Knight sostiene como hipótesis que *“no es imposible pensar que un político hábil, dotado de recursos suficientes, logre una fusión del neoliberalismo y el neopopulismo (y, quizás de la democracia delegativa también); una fusión por lo tanto, de un proyecto macroeconómico basado en el mercado y una estrategia política basada en iniciativas locales, en la autogestión colectiva, en las intervenciones presidenciales, la solidaridad y la subsidiariedad”* (1994:71).³

Los autores expuestos insertos dentro del contexto latinoamericano comparten una visión similar de la situación política a principios de la década de los noventa. Los “nuevos populismos” surgen en un contexto de profunda crisis de representación política allí donde se produce una escisión entre la sociedad civil y el sistema político, presentándose un espacio apto para el establecimiento de una nueva relación entre el líder y la masa.

Desde el punto de vista analítico, el populismo como concepto ha sido redefinido y utilizado por los autores, disociándolo de una etapa de desarrollo económico específico y -retomando nuestro criterio de análisis- concibiéndolo como un tipo de dominación política que establece el líder con sus adherentes a través de una relación directa, sin la presencia de asociaciones intermediarias.

³ El autor presenta como ejemplo al PRONASOL mexicano, un programa dirigido especialmente a los sectores más indigentes y por ende, más “problemáticos” para la política neoliberal.

1.2 El populismo en la década de los noventa en Argentina.

Argentina no escapa como país latinoamericano a todas las transformaciones que exponen los científicos sociales de otros sitios del continente. El menemismo como fenómeno político comienza a ser interpretado en clave populista desde los primeros años de la década del noventa.

Los autores en primer lugar, contextualizan históricamente al menemismo dentro de la crisis de representación que sufren los partidos políticos de las dos más importantes subculturas políticas que ha tenido la Argentina contemporánea: el peronismo y el radicalismo. Otro elemento que comenzaría a jugar un rol destacado, según los autores, son las nuevas formas de hacer política en esta era de las comunicaciones y del predominio que tiene la imagen pública que presenta el candidato en detrimento de programas o planes de acción a seguir por parte de las organizaciones partidarias.

Nuestro propósito principal será el de explorar las razones teóricas por la cual se sostiene que Menem ha sido un *populista* en el caso que se afirme positivamente esta premisa. También haremos una exposición de otros autores que utilizan al populismo como concepto y que no consideran como válida su aplicación para el estudio del menemismo.

Novaro define al populismo como un formato político-institucional y no como un régimen de gobierno en sí mismo. El concepto a su vez se caracteriza por dos rasgos esenciales: el primero de ellos es el llamado discurso “antisistema” dirigido contra las burocracias y el sistema político en general y el segundo rasgo es el llamado al “pueblo” como el portador de una sabiduría que le es *innata*.

Novaro sostiene por otro lado, que se han producido dos crisis; la primera es producto de la gran desarticulación social provocada por los constantes altibajos económicos y la segunda da cuenta de la crisis de representación política. Se ha producido una escisión entre la sociedad civil y la denominada clase política, lo que Novaro proclama como la *despolitización de la sociedad* y la *desocialización de la política*.(1996:94). El autor contextualiza en un plano internacional a nuestra situación política nacional, “*para encarar estas cuestiones es conveniente tener en cuenta, ante todo, que nuestra crisis de representación es sólo un caso más, y por cierto no el más extremo, de una tendencia*

general que afecta prácticamente a todo el mundo (Dahrendorf, 1990:Pecaut y Sorj, 1991) y que es particularmente intensa en América latina.”(1995:97).

Se vuelve a requerir- como antaño- de la presencia de un líder en el cual se pueda depositar confianza, necesitamos a un *protector paternal del pueblo*. Una persona con la cual nos podamos identificar y que a su vez reúna el poder suficiente para llevar a cabo medidas que en el menor tiempo posible logre instaurar un *orden*. La ciudadanía privilegiaría con su voto en las elecciones a aquellos líderes que realicen acciones gubernamentales “eficaces” en el corto plazo, aún cuando no se respeten en demasía los requerimientos procedimentales propios de un régimen democrático.⁴

Este nuevo posicionamiento que tendría el líder con respecto a la masa da cuenta del momento de transición al que estaríamos asistiendo dada la crisis que se produjo al interior de las identidades políticas. Si las mismas se construían sobre un principio de alteridad, en la actualidad se edifican sobre un nuevo principio: la escenificación.

Para Novaro la identidad por alteridad es construye a partir de “*un alter intersubjetivo, un adversario en el campo social*” (Novaro 1995:152). Esto permite la existencia -en el plano simbólico- de un “enemigo” que contribuye a reforzar al grupo en torno a un “nosotros”. Es en este escenario en donde se confunden los lazos políticos con los sociales trascendiendo al proceso electoral regular que queda relegado a un mero trámite, pues la relación entre el líder y la masa se construye sobre la *unidad de la comunidad*. Novaro sostiene que “*el líder no era concebido como una representante, sino como “encarnación de los valores y aspiraciones del pueblo”*” (1996:97) Así la lógica de la democracia de partidos y la interacción entre los funcionarios con los organismos queda subsumida a esta dinámica política.

La sociedad poseía distintos sectores que se caracterizaban por una cierta homogeneidad para sí, a la vez de ser heterogéneos entre sí, cada uno con intereses delimitados y particulares que salían a defender en la arena política. Se conforma al interior de cada sector un fuerte lazo de pertenencia que contribuye a la construcción de una identidad política fuerte y permanente. En palabras del autor: “*Los movimientos populistas*

⁴ Un aporte interesante al respecto es la observación que plantean Palermo y Novaro: “*La democracia en su dimensión institucional, es un hecho incorporado, pero una buena parte de la sociedad civil todavía prioriza la decisión por sobre la deliberación, la eficacia por sobre el respeto de derechos, el éxito sobre la probidad moral*” (1996:pp517-518).

integraban a sus miembros en identidades a la vez políticas, culturales y de intereses económicos” (Novaro 1996: 97)

En cambio, el proceso de identificación que se sustenta sobre la lógica de la escenificación presenta otras características. En primer lugar, el tejido social posee un carácter “polimorfo”, dada la existencia de un orden social muy poco denso y tonificado, con lo cual se dificulta la posibilidad de establecer entre los distintos grupos un “nosotros” y “ellos” como sucedía antaño. La consecuencia inmediata de este proceso es el resquebrajamiento de una sociedad que no tiene de sí una imagen en la cual pueda verse reflejada. El líder es el que de alguna manera reunifica tras de sí a esta multitud heterogénea haciendo referencia a un término exterior, que se personifica en aquel que ocupa el centro de la escena política. El autor expresa que *“la sociedad polimorfa no tiene imágenes de sí en tanto cuerpo unido (...), pero obtiene un sustituto de estas imágenes al ser representada por una figura”* (Novaro 1995:152). A su vez, el autor sostiene que *“el carácter representativo de las nuevas figuras depende muy estrechamente, en consecuencia, de su efectividad gubernativa, de la provisión de resultados muy concretos, y de la interpretación de los “estados de ánimo” y su permanente interpelación a través de imágenes y discursos”* (Novaro 1996:98)

Si sobre la lógica de la alteridad el líder construía y legitimaba su relación con las masas y por ende su poder, actualmente sería el principio de la escenificación el sedimento sobre el cual se construye esta nueva relación. Según Novaro, en el populismo clásico el principio de identificación era la alteridad, mientras que en el neopopulismo el vínculo se construye en torno al principio de la escenificación.

En esta nueva situación el líder pasa a desempeñar un rol- en el plano simbólico- diferente al que cumplía en el pasado. Los llamados líderes neopopulistas surgen en parte como respuesta a la incertidumbre que provoca en las sociedades las grandes crisis sociales, a la vez que capitalizan el descontento de la ciudadanía con la política “de partidos”. La ciudadanía desencantada con los aparatos partidarios y en una sociedad cada vez más excluyente, otorgaría confianza a líderes que logren de alguna manera insertarlos al orden social. Novaro (1996:102) sostiene que *“esta es por cierto una forma de integración menos ambiciosa que la que prometía la regeneración de la nación por parte del pueblo victorioso. Y por lo mismo, es menos conflictiva y más institucional.”*

Desde esta mirada se sostiene que *“los neopopulismos latinoamericanos son el resultado de procesos de transformación de tradicionales fuerzas populares y mayoritarias, y dan lugar a la formación de coaliciones de gobierno en que las élites económicas y tecnocráticas ocupan un papel central.(...) “La agenda de estos populismos es, en sustancia, un menú de reformas modernizadoras, tanto en el terreno económico como en el cultural e institucional, sostenido en una reedición de la promesa del desarrollo integrador, adaptada a los tiempos de la globalización y el neoliberalismo”* (Novaro 1999:32)

El argumento central de Novaro es que el menemismo ha construido con la ciudadanía un nuevo lazo político que se sustenta sobre una “puesta en escena”. En otros términos, Menem sería un líder neopopulista y construiría su liderazgo sobre dos pilares fundamentales, “la eficacia” traducida en su capacidad para gobernar y el apoyo electoral que recibe por parte de la ciudadanía.⁵ El autor considera que si bien el populismo ha virado hacia la derecha no ha sido impedimento para que el menemismo logre conformar una coalición mayoritaria en la cual se incluyan a grupos sociales que se encuentran en ambos extremos de la pirámide social.

Svampa y Martucelli en el capítulo “La metamorfosis del líder”⁶ realizan un breve recorrido por la historia del peronismo hasta la actualidad para presentar cuales son las continuidades y rupturas en la construcción del liderazgo dentro del mismo.⁷

En primer lugar los autores sostienen que las transformaciones que se han dado en la política argentina contemporánea en general, son producto de las imposiciones dadas “desde arriba” y que ello se debe en gran medida al protagonismo y desempeño de los líderes de turno. En segundo lugar, el peronismo es que el mejor representa en el país la denominada “aspiración unanimista”. En la práctica política esto supone la pérdida de

⁵ Las cifras en este sentido son más que elocuentes. En las elecciones de 1989 Menem gana con el 47,3% de los votos, 14,9 puntos por encima del segundo partido (UCR). Mientras que en 1995 gana con 43,02% de los votos, 14,9 puntos arriba del Frepaso que se ubica en el segundo lugar. No solo la diferencia es mínima entre la primera y la segunda elección sino que también hay que resaltar la diferencia que obtuvo con respecto a los otros partidos. Los datos porcentuales fueron extraídos del Suplemento Zona de Clarín, 1999, p.5

⁶ Este capítulo forma parte del libro *“La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo”*, Ed. Losada, Buenos Aires, 1997

⁷ La cuestión del liderazgo dentro del PJ y el dilema que se genera en torno a la sucesión del mismo, es un temática por demás interesante, pero no es el interés de este trabajo desarrollarlo *in extenso*. Vease Torre, Juan Carlos (1999) *“El peronismo como solución y problema”* en *Entre el abismo y la ilusión*. Editorial Norma, Buenos Aires, 1999.

confianza hacia toda forma de representación política y por ende, de cualquier actividad que tenga relación con los partidos políticos. Es a través de la figura del líder carismático, en ese vínculo intransferible y directo que establece con la masa lo que le otorga unidad al cuerpo político.

El unanimismo busca la equiparación de las mayorías con la nación y de su doctrina como *la única* en el ámbito nacional. Existe una búsqueda permanente de evitar el conflicto y de construir una homogeneidad por sobre cualquier tipo de diferencia. El unanimismo paradójicamente nunca se opone a la democracia, por el contrario, busca su prolongación y encarnación y se presenta en el discurso como su universo complementario.

En la Argentina contemporánea, el peronismo ha sido el espacio en donde se ha visto reflejada esta tensión que se presenta entre la aspiración unanimista por un lado y las prácticas democráticas por otro. Esto produce que las estructuras políticas se sustenten sobre una legitimación de tipo dual, que se construyan sobre una base mixta donde se requiere tanto de la legitimación democrática como la de tipo revolucionaria.

La categoría conceptual que utilizan los autores para la articulación de esta doble legitimación es la populista. Se intenta dentro del juego democrático *“lograr cambios sin producir cambios, o mejor cree posible controlar el desgarramiento del cambio social sin necesidad de sufrir fracturas sociales”* (Martucelli y Svampa 1997:88).

En los regímenes nacional-populares, la presencia del líder en la escena política rememora la “supervivencia del pasado” en medio de las transformaciones que acontecen con el advenimiento del proceso modernizador. Según esta mirada, el *“carisma” procede de un proceso múltiple de identificación-proyección- constitución a través de lo cual lo político constituye a lo social en germen. Un proceso en el cual la distancia entre los sectores populares y el sistema político naciente se reduce gracias a la presencia del líder carismático, pero una distancia que sobrevive en el sentimiento de lejanía que se experimenta hacia el líder”*(1997:95). El basamento de esta relación es la lógica de la alteridad que se construye en torno a un “nosotros” con respecto a “otros”. El papel del partido y de las asociaciones intermedias quedaba subordinada a esta dinámica política.

El regreso del líder se produce- y en este punto en particular Svampa y Martucelli coinciden con el diagnóstico de Novaro- por el progresivo distanciamiento que existe entre los distintos sectores de la sociedad civil y el sistema de partidos políticos. En palabras de

los autores: “*el regreso del líder corresponde a una situación de crisis social, de ingobernabilidad, de descomposición de antiguos actores sociales, incluso de anomia en la que se advierte la implementación de estilos decisionistas (el líder interviene como autoridad soberana y fuente absoluta de toda decisión política)* (1997:97).

Pero el que retorna no es el mismo líder de antaño, con el cual el pueblo se identificaba y proyectaba, actualmente “*el líder personalizado es un puro efecto de una posición institucional, el interés por su persona detrás del rol, sobre todo el deseo de descubrir una persona semejante a uno.*” (1998:98). La distancia que se presenta entre las mayorías electorales y el sistema político es compensada parcialmente, dependiendo en gran medida, del interés que despierte en la ciudadanía la figura que desempeñe el rol de jefe.

Este es uno de los puntos de ruptura con respecto a las conducciones anteriores dado que Menem a diferencia de Perón se presenta ante la masa como *uno de ellos sin llegar a serlo*⁸. Este proceso de identificación es cualitativamente diferente al anterior, dado que el “nuevo” vínculo que se establece entre el líder y la masa quedaría subsumido al tipo de desempeño que tenga mientras permanece en el poder. En este tipo de relación el lazo político que se genera no sólo posee un carácter transitorio, tampoco incide en la articulación de una nueva identidad de corte populista.

Aboy Carlés (2002) en su artículo “Repensando el populismo” toma como eje principal de su trabajo “*la búsqueda de ciertos elementos comunes que han caracterizado la constitución identitaria de algunos populismos realmente existentes*” (2002:9).

Esta mirada propone abordar al populismo como una identidad política, dejando de lado las perspectivas que lo definen como un estilo de liderazgo o lo asocian a una determinada fase de desarrollo económico. De este modo “*la particularidad del populismo*

⁸ Nun (1994:85) sostiene que durante la campaña electoral hacia la presidencia de la Nación Menem se presenta como un personaje ajeno a la política situándose “*más allá de la partidocracia liberal, responsable de casi todos los males que azotan al país*”. En su recorrido por los barrios, en el contacto con la gente encarnado la figura del *Salvador* tiñendo la práctica política con un fuerte matiz religioso. Recordemos el empleo de ciertas frases pronunciadas por Menem durante la campaña electoral: “*Síganme que no los voy a defraudar*”, “*Hermanos y hermanas*”. Como lo relata una periodista que siguió toda su campaña: “*Cada caravana se convertía en una suerte de acto religioso, en el que las madres alzaban a sus hijos para que fueran bendecidos, o tiraban también pañuelos o camperas para que Menem las besara*” (Cerrutti, 1993:241)

estaría dada, entonces, por constituir una de las formas de negociar esa tensión irresoluble entre la división y la homogeneización de la comunidad política” (2002:25).

Según Carlés en el proceso de construcción de una identidad política se establece un proceso de homogenización interna y diferenciación externa, entablando de esta forma un proceso delimitador de un espacio “hacia adentro” y de otro “hacia afuera”. La identidad populista se conforma a partir de dos frentes: por un lado la dimensión estatal que propicia la integración al orden social y por otro la dimensión nacional- popular que marca rupturas con respecto a lo estatuido.

En la política argentina contemporánea, el peronismo clásico sería el ejemplo paradigmático de una identidad política de tipo populista. El líder se encuentra en medio de estos dos principios antagónicos y en el caso particular de Perón su estrategia política se orientó hacia “el control del desorden”, a mantener en un delicado equilibrio a las fuerzas que se constituían como los pilares básicos del movimiento.

Con el fallecimiento de su líder natural, el peronismo con el retorno de la democracia comenzará a transitar por un lento proceso de renovación⁹ al interior del

⁹ El Partido Justicialista sufrió- por primera vez en su historia- la primera derrota electoral en comicios libres. Esto produjo que algunos de sus dirigentes realizaran una suerte de autocritica y un viraje hacia la conformación de un partido que pudiera incluirse como un participante más dentro de las nuevas reglas de juego impuesta por el sistema democrático. Esto significaba reinterpretar y adaptar los principales lemas del peronismo a la nueva situación del país luego de la finalización de la dictadura.

Al frente de la denominada Renovación se encontraba Antonio Cafiero, quien se rodeó de un conjunto de intelectuales que buscaron quitarle todos los resabios populistas que *per se* contenía el PJ. Esto implicaba la organización de un partido, el abandono de liturgias tradicionales, la adopción de prácticas parlamentarias y la disminución del peso de los sindicatos en la toma de decisiones y la designación de los candidatos. En otros términos, era una estrategia de supervivencia de un partido que sin su conductor principal, no podía alcanzar a ser, como en otros tiempos, el partido de las mayorías.

En sintonía con el nuevo rumbo que adopta el PJ, se realizan las primeras elecciones internas para decidir quién sería el candidato que representaría al partido en los comicios a presidente a realizarse el 14 de mayo de 1989. Antonio Cafiero se presentaba como el favorito, pues cumplía con todos los requisitos que necesitaba un candidato dado el contexto democrático y se creía a su vez, que la corriente renovadora poseía el control mayoritario del partido lo cual le permitiría fácilmente obtener la cantidad de votos necesaria para convertirse en el candidato oficial.

Existía asimismo dentro del PJ, otra facción que se presentó como opositora a la lista oficialista, liderada por Carlos Menem que nucleó a su favor a un grupo heterogéneo, inorgánico y fragmentado de sectores despreciados por el cafierismo, debido en gran parte al apego que éstos tenían por los viejos estilos y que colaboraron con la victoria del riojano en las internas del partido. Según Mora y Araujo (1995:62) “*El Menem de la campaña electoral del 88/89 mostraba muchas facetas de esa renovación a medias, donde prevalecía un estilo providencial, carismático y populista.*” Portantiero (1995:106) sostiene que Menem “*en la relación simbólica que entretejió con la sensibilidad profunda del peronismo, su discurso siempre sonó más auténtico: no solo por las consignas simples y clásicas que enarboló como la justicia social, producción o nacionalismo sino y sobre todo por su estilo de comunicarlas a través de una puesta en escena que prolongaba las viejas formas interrelativas, tan distintas al racionalismo modernista de Cafiero y de los “renovadores” que buscaban sintonizar con el mood republicano aparentemente estallado en 1983.*”

mismo. Sin embargo, el viraje más drástico se dará durante los noventa con la instauración de la hegemonía menemista. Será en este momento donde se rompa con el equilibrio de fuerzas que constituía el antagonismo principal sobre el cual se basaba la identidad populista. Según Carlés el menemismo rompe con la lógica populista a partir del momento en que comienza a privilegiar la dimensión estatal integral en detrimento de la dimensión nacional-popular. El autor sostiene que *“se establece respecto de un caótico pasado, haciéndose inescindible de la recreación de un orden. (...) El partido del orden devoró entonces el antiguo reformismo social, acabando con el juego pendular entre ruptura e integración del peronismo tradicional”*(2002:28).

Todas estas lecturas coinciden en definir al populismo como una particular identidad política, pensándola como una modalidad de construcción de un tipo de solidaridad.

Novaro a través de sus distintos trabajos, en donde sostiene que el menemismo es un tipo de neopopulismo que establece una nueva relación entre el líder y la masas a través de un nuevo principio de identificación: la escenificación. El neopopulismo- al igual que el populismo clásico- es la forma particular que adopta en América Latina la noción de integración de las masas a un orden social que se les presenta cada vez más excluyente .

Por otro lado, el autor visualiza en el advenimiento del neopopulismo la cristalización de las crisis de representación política por parte de la ciudadanía. En este punto particular coinciden todas las miradas que abordan la época. Novaro sigue la línea presentada por Zermeño y postula que esta nueva modalidad de construcción de vínculos políticos, es más representativa (con respecto a las anteriores) dado el carácter directo y personal que posee la relación entre el líder y la masa.

El trabajo de Svampa y Martucelli que retoma fundamentalmente la noción de líder carismático como condición necesaria para la emergencia del populismo. Esta personalización de la política no implica una nueva forma de representación tal como sostiene Novaro. Por el contrario, el jefe compensa en forma parcial la distancia que se establece entre los distintos grupos sociales y el sistema político.

Esta situación, a su vez, es producto del nuevo tipo de lazo que se construye entre el líder y sus adherentes. En el pasado, la relación trascendía el plano de lo político configurando lo social a través de la conformación de “lealtades”. En la actualidad la vinculación sería de tipo instrumental y de carácter volátil, se le otorga apoyo al jefe siempre y cuando sea eficaz en su labor como gobernante.

Svampa y Martucelli sostienen que el menemismo no puede incluirse dentro de un enfoque populista por dos razones. El primer argumento gira en torno a la tensión irreducible entre el cambio y la reproducción de lo ya existente condición necesaria para la emergencia del populismo. Dadas las estrategias políticas que emplea Menem durante su gestión dirigidas esencialmente a la reproducción del orden social, el papel que cumplía antaño el cambio social queda obsoleto. Es por tal razón que la tensión primaria que constituye al populismo se quiebra inexorablemente y el menemismo se transforma en el portavoz oficial del partido del orden.

La segunda razón de peso es la construcción del tipo de liderazgo que se constituye en momentos de desintegración social. En la actualidad, se produciría un proceso de personificación de la autoridad que queda subsumida a la figura del jefe y la misma dependerá de la posición que ocupe institucionalmente. Desde esta perspectiva cualquier persona que sea presidente puede ser jefe, aunque no todos los jefes pueden llegar a convertirse en líderes carismáticos. Menem se convierte en jefe dada su posición gubernamental pero no logra instaurar en el tiempo un lazo político lo suficientemente sólido que le permita con posterioridad construir una identidad política que se solidifique y consolide en el tiempo, tal como sucedió durante el primer peronismo.

Carlés sigue dentro del mismo enfoque que presentan Martucelli y Svampa en cuanto a no definir como populista al menemismo, dado que, en ése momento histórico en particular, la tensión sobre la cual se sedimenta la identidad populista entre la continuidad y la ruptura se quiebra. El autor sostiene que el menemismo es la restauración y la consolidación de un nuevo orden de tipo conservador, en el cual la dimensión nacional-popular desaparece.

Parte II: Menemismo y Democracia.

2.1 La democracia en la Argentina de los noventa: entre la deliberación y el decisionismo.

Para emprender el análisis del régimen político durante los noventa es necesario entender como se abordaba la cuestión democrática desde su establecimiento a partir de 1983. El debate en torno al régimen político era el tema por excelencia tanto en el ámbito académico como a nivel político-institucional. Las distintas líneas de investigación se interrogaban en el transcurso de la década acerca del tipo de transición que se estaba produciendo en el país luego de la caída de la última dictadura militar.¹⁰

Juan Carlos Portantiero señala que el proceso de instauración de la democracia supone al menos de tres etapas. La primera etapa es donde transcurre la llamada descomposición del régimen autoritario. La culminación del gobierno de facto para el caso argentino se realiza de manera abrupta debido entre, otras causas, al quiebre que se produce al interior del mismo luego de la derrota de la guerra de Malvinas durante 1982. Portantiero sostiene que dentro de esta coyuntura *“la democracia surgió en la visión colectiva, quizás por descarte, como la única capaz de devolverle a la sociedad el sentido de su propia unidad”* (Portantiero 1987:258).

La segunda etapa es la llamada de transición propiamente y en nuestro caso particular se presenta como un momento en el cual por un lado, se produce un fuerte proceso de descomposición del régimen social de acumulación que se había instaurado durante la dictadura. Por otro, a diferencia de otros países, el proceso de transición es manejado desde “arriba” ya que la concertación entre las distintas partes no es llevada a cabo por los principales actores sociales y políticos.

Desde esta visión del “Modelo” para lograr que la transición sea “exitosa” debe pensarse en un nuevo tipo de institucionalización dentro del régimen de gobierno. Uno de los obstáculos más difíciles de sortear para esta nueva democracia era la preeminencia que

¹⁰ Esta situación no se daba solamente en la Argentina, también en gran parte de América del sur. Otros científicos sociales abordan con nuevas categorías analíticas las nuevas realidades latinoamericanas. Peruzzotti (2001) señala el nacimiento de dos subdisciplinas (transitología y consolidología) dentro de la ciencia política en el transcurso de la década para el estudio de las nuevas democracias. El autor sostiene que si en las transiciones el énfasis estaba puesto sobre la incertidumbre y el voluntarismo político, en la consolidación se pondrá el acento sobre la importancia que tienen los legados políticos y culturales que obstaculicen la implementación de otra institucionalización política. (2001:289).

poseía el tipo de gobierno presidencialista, considerado como el régimen que ha prevalecido hasta ese momento en el país, el cual se presenta como una de las principales causas de la inestabilidad política reinante. Cheresky señala que el presidencialismo *“alentaba el personalismo en detrimento de los partidos políticos y de las representaciones más abstractas y colectivas”* (2001:28).

La posible “solución” para morigerar a esta modalidad de gobierno es la implementación eficaz de un régimen en donde prevaleciese el sistema parlamentarista. Asimismo se reconocen las limitaciones a la hora de implementar esta forma de gobierno, debido entre otras causas, al fuerte sesgo ejecutivista que posee la práctica política en la Argentina desde antaño. Portantiero sostiene que el Poder Legislativo *“sometido al Ejecutivo, débil por lo tanto en su función de control y de iniciativa legislativa, no es de extrañar que la imagen del Parlamento en la opinión pública sea la de un organismo poco eficiente, situado a enorme distancia de los representados, en el que se alberga un sector de la clase política que obtiene altos ingresos para solo producir discursos sectarios”* (1987:283)

El proceso de democratización culminaría con la implementación de la tercer etapa del modelo: la consolidación del nuevo régimen. Para el autor *“la estrategia de la consolidación puede iniciarse coincidiendo con el período de transición y el proceso puede decirse que concluye cuando el nuevo régimen, plenamente institucionalizado, alcanza el nivel de autonomía suficiente para regirse en su funcionamiento por la lógica que le imponen los principios de organización y según la dinámica que le imprimen las fuerzas políticas en que se sustenta”* (Portantiero 1987:263).

En la Argentina de los ochenta, existiría una fuerte tensión dada por la coexistencia de una profunda desarticulación entre las instituciones que conforman a la denominada

democracia representativa¹¹ y la cultura política realmente existente que se sustenta principalmente en una tradición que se compone de prácticas autoritarias y populistas.

En los noventa, los estudios sobre la cuestión democrática dan un importante viraje, uno de los ejes centrales para el estudio de la situación política argentina será la búsqueda de indicios que den cuenta de la expansión que ha tenido en las diversas esferas de la sociedad los principios y mecanismos que contribuyen a la constitución de un régimen democrático. El debate ya no se centra sobre la legitimidad de la democracia como régimen político, debido a que este punto en particular parece estar fuera de cuestionamiento. El planteo principal gira en torno a qué tipo de democracia se ha instaurado en la Argentina. Es por esta razón que el punto de partida de las investigaciones tiene como cuestión central la calidad institucional de la misma.

En cuanto a este caso particular, la bibliografía especializada que analiza el funcionamiento de la democracia puede subdividirse en dos grandes grupos. El primer grupo se compone de aquellas interpretaciones que analizan al menemismo tomando algunos elementos del “modelo de consolidación”. El mismo ya se había adoptado como válido desde la década anterior, convirtiéndose para algunos autores en una herramienta útil para el análisis. En esta oportunidad abordaremos los trabajos de O’ Donnell y Quiroga a través de los cuales se refleja un *estado de ánimo en común*, el *desencanto* que supone el funcionamiento del régimen político durante los noventa.

Si seguimos los lineamientos del “modelo” en cuestión la Argentina en los noventa debiera encontrarse transitando en la última de las tres etapas. Esto supone en teoría, que las instituciones que conforman la democracia se encuentran consolidadas y mantienen

¹¹ La noción de democracia representativa se sustenta sobre cuatro principios generales. Los dos primeros se refieren al tipo de vínculo que se establece entre los gobernantes y los gobernados. En tanto que el tercero y el cuarto dan cuenta de las pautas de funcionamiento mínimas para la deliberación por parte de los ciudadanos a través de la información política que reciben de sus gobernantes. El primer principio versa sobre la posibilidad que tienen los gobernados de elegir a sus gobernantes en intervalos regulares. Tal como lo plantea Manin (1996:20): “*En el gobierno representativo, los gobernantes ocupan una posición distinta de la de los gobernados; y en este sentido, el pueblo no se gobierna por sí mismo. Pero como las elecciones son repetidas, el pueblo tiene un medio eficaz de ejercer cierta influencia sobre los gobernantes*”. El segundo principio se refiere a la relativa autonomía que poseen los gobernantes con respecto a la voluntad de sus gobernados. La tercer premisa da cuenta de la libertad de opinión pública política, la voz colectiva del pueblo que si bien no tiene valor obligatorio se puede manifestar sin el control de los gobernantes. Se produce un proceso deliberativo que puede congregarse en una asamblea en donde se discuten los distintos puntos particulares sobre asuntos que conciernen al bien común.

entre sí una “adecuada” relación. Encontramos, entonces, una tensión inherente entre *lo que debe ser la democracia y las prácticas democráticas realmente existentes*

El segundo grupo está compuesto por autores que analizan el funcionamiento de la democracia especialmente la relación que se establece entre el Poder Ejecutivo y Legislativo. Los trabajos que presentaremos serán los de Palermo y Novaro y Panizza. En estos autores el énfasis está puesto en la práctica política de Menem y su capacidad de negociación para la conformación de “coaliciones” y como esto a su vez tiene incidencia en el desenvolvimiento del sistema político en su totalidad. Incluimos dentro de este segundo grupo, desde una perspectiva teórica diferente a las anteriores, al trabajo de Bonnet en el cual se analiza al menemismo como una modalidad específica que adquiere el binomio democracia-capitalismo durante los noventa en la Argentina.

En el primer grupo de lecturas encontramos que tanto O’Donell como Quiroga tienen como presupuesto axiomático la existencia de una relación de fuerza desigual y perjudicial para la democracia, dada la existencia de un “poderoso” Poder Ejecutivo y un “débil” Poder Legislativo. Otro punto en común, es la fuerte impronta que tiene en el desempeño político de la democracia en los noventa el peso de la tradición política argentina¹².

O’ Donell pone en perspectiva histórica la cuestión de la democracia y arriba a la conclusión de que estamos en presencia de un “nuevo animal” de apariencia democrático pero con una fuerte matriz autoritaria en lo que se refiere al manejo del poder.

Las llamadas Democracias Delegativas tienden a concentrar la autoridad pública en una sola persona que encarna los intereses de la nación. *“Los presidentes son elegidos luego de prometer- que situados por encima de los partidos e intereses, fuertes y corajudos- salvarán al país. El suyo es el gobierno de salvación de la patria. Esto conduce a un estilo mágico de hacer política: el mandato delegativo supuestamente conferido por la mayoría, una firme voluntad política y el conocimiento técnico debieran bastar para que el salvador*

¹² Inserto dentro de esta misma línea se encuentra el planteo de Cheresky, quien sostiene que *“la herencia populista se encuentra en el centro de la crítica a las tradiciones políticas que históricamente han obstaculizado el establecimiento de democracias duraderas en América latina. Ese bagaje de democracia antiliberal, caracterizado por la intensidad de la movilización social en torno a liderazgos fuertes y por su escaso o nulo componente deliberativo”* (Cheresky, 2001:pp.32-33).

cumpla su misión: los “paquetes” se deducen como un corolario” (O Donnell,1997:299) La preeminencia que adquiere el Poder ejecutivo es inversamente proporcional a la debilidad del Poder legislativo; los líderes presentan al parlamento como un “impedimento” para llevar a cabo su “misión”.

Las Democracias Delegativas poseen con respecto a las Democracias Representativas un principio de delegación de autoridad en donde cobra mayor preeminencia el Poder Ejecutivo por sobre el Poder Legislativo, debido a que en este tipo de gobierno adquiere relevancia el carácter mayoritario y la responsabilidad de tipo vertical. En tanto que las Democracias Representativas se sostienen como sistema político sobre la idea de una delegación de la autoridad de tipo horizontal, compartida entre los poderes (Ejecutivo, Legislativo y Judicial) que la conformarían como tal.¹³

O’ Donnell señala que en este tipo de situaciones el régimen político se torna más democrático (dado su carácter mayoritario) al mismo tiempo que deviene menos liberal. La base de esta delegación de autoridad de tipo vertical por parte de la ciudadanía se manifiesta principalmente a través de los comicios electorales. En dichos momentos, son más trascendentes las posiciones que adoptan los individuos ante cada candidato con respecto a los fuertes lazos de identificación que se establecían en el pasado con las diferentes subculturas políticas¹⁴. Al no establecerse la filiación política por medio de plataformas y planes de gobierno, el voto de los ciudadanos se torna volátil y se enfatiza más “la imagen” que presenta el político que su plan de acción gubernamental.¹⁵

¹³ Tenemos en cuenta, asimismo que el momento delegativo que se produce en los comicios electorales es ineludible tanto en una Democracia Representativa como Delegativa. Lo que nos interesa resaltar es la “persistencia” en la delegación de autoridad hacia el Poder Ejecutivo que se produce en la década de los noventa durante el ejercicio de sus funciones.

¹⁴ Para el caso argentino, las dos subculturas políticas más importantes con las cuales se identificó gran parte de la sociedad argentina en la época contemporánea han sido el radicalismo y el peronismo.

¹⁵ Actualmente los políticos habrían modificado las vías para llegar al electorado. Los mensajes políticos se enviarían sin intermediarios y estaría más “espectacularizado” dado el formato en el cual se inscribe. Se reemplaza la palabra por la imagen, el discurso deviene en slogan gracias al ingenio de los publicistas que venden tanto a “políticos” como “latas de conservas”. Para algunos analistas de la política, entre los que se encuentra Nun, los denominados “mass-media” estarían reemplazando en sus funciones al partido en lo que se refiere a la movilización del electorado. Menem sería un ejemplo paradigmático de estos cambios que se han producido, no solo en la Argentina, sino a escala mundial. Quiroga (1997:28) sostiene que *“la figura del presidente Menem representa adecuadamente esta nueva forma de escenificación vinculada a los ritos del “espectáculo” y la video-política”(…)* *“por cierto, en nuestras sociedades la población se conecta con la política a través del espacio audiovisual. La tribuna, la plaza, los mitines, son progresivamente desplazados por ese espacio.”* No podemos eludir el fenómeno mundial de la llamada “personalización de la política” que en América Latina se une con una tradición caudillesca que posee una larga tradición.

En otra línea, Svampa y Martucelli (1997:86) muestran una posición intermedia con respecto a las “antiguas” y “nuevas” formas de hacer política. Si bien, no se producen grandes concentraciones como antaño, esto no

Las Democracias Delegativas se insertan dentro de un régimen democrático representativo, y si bien no pueden consolidarse a nivel institucional si pueden sostenerse como forma de gobierno en el tiempo. Menem y sus dos períodos de gobierno consecutivos serían el ejemplo paradigmático de esta modalidad democrática, dado que se legitima en su posición a través de los mecanismos formales que constituyen a la democracia procedimental. Nos hallamos, según esta perspectiva, en presencia de un gobierno democráticamente electo pero no de un régimen democrático consolidado, debido entre otras causas, al tipo de institucionalización que se ha producido. Es en este sentido, que podría decirse que el Modelo de consolidación democrática no ha sido llevado a cabo con “éxito” y que los resultados a la vista no pueden ser más desalentadores.

Quiroga sostiene que *“la democracia decisionista no suspende el Estado de derecho, aunque daña el tejido institucional y resiente la división de poderes, la república ha sido amenazada. La lógica decisionista del presidente descoloró la ley, desvaloriza la función del Parlamento, y somete a la democracia a la inagotable tensión entre decisión y deliberación”* (Quiroga 1997:27). El autor sostiene- en el mismo sentido de O’ Donnell- la disputa que se presenta entre los poderes a la hora de la toma de decisiones y el dilema entre decisionismo vs. deliberación.

Otro punto en cuestión es como dentro del estado de derecho, la preeminencia del Poder Ejecutivo con respecto al Poder Legislativo favorece paradójicamente la estabilidad del régimen democrático pero no su consolidación institucional. Podríamos sostener que una de las bases sobre las cuales se sostendría la democracia como régimen de gobierno sería la fortaleza y la eficacia del desempeño presidencial.

Quiroga tiene en cuenta la situación caótica en la que se encontraba el país durante 1989 y de la demanda por parte de la sociedad de una salida al desorden. En su estudio acerca del tipo de democracia que se implementa en la Argentina de los noventa plantea como hipótesis central, la doble estabilidad lograda por Menem durante la década que fue tanto de índole política como económica. El presidente logra a través de la implementación del llamado “Modelo” de corte neoliberal, una estabilidad económica inédita por décadas en la Argentina.

supone que el político se aleje del contacto con la gente. *“Menem opta por una estrategia de contacto. Contacto físico, ilustrado por el “menemóvil” de la campaña de 1989, prolongada por su lenguaje llano, por momentos campechano, pero siempre contrabalanceado por un perfil farandulesco.”*

Esto según Quiroga favoreció a la estabilización de la democracia en tanto que contribuyó a presentarla como un régimen de gobierno “eficaz” dado que se complementó con el “buen” funcionamiento de la economía. Para el autor se tiende a concebir durante esta década, como sinónimos al buen funcionamiento de un gobierno con el carácter legítimo de un determinado régimen político. *“Subsiste todavía en nuestras sociedades la errónea tendencia a identificar automáticamente democracia con gobierno y democracia con bienestar económico”* (2001:246).

Quiroga sostiene que si concebimos a la democracia¹⁶ desde la dimensión procedimental podemos sostener que el gobierno menemista contribuyó a que ésta como forma de gobierno sea exitosa. Propició un marco para la implementación de prácticas democráticas inédito en la Argentina contemporánea: elecciones transparentes y periódicas, libertad de prensa, la participación de todos los actores políticos garantizando de esta forma el ejercicio de los derechos políticos de gran parte de la ciudadanía argentina.

Para esta visión, lo que el menemismo no se ha preocupado por debatir, ni mejorar, es la dimensión sustantiva de la democracia entendida como la búsqueda del bienestar común.¹⁷ Esta no es una cuestión menor a la luz de los “costos sociales” que tuvo la implementación del modelo neoliberal en la sociedad argentina en el transcurso de la década de los noventa.

El segundo grupo de autores emprende el análisis del funcionamiento del régimen democrático en torno a otro eje de análisis, donde cobra preeminencia el estudio pormenorizado de sucesos específicos durante el gobierno menemista. Es en este sentido que sostenemos que esta mirada se acerca más a las prácticas democráticas realmente existentes. Podríamos pensar al respecto que la carga valorativa que supone la realización

¹⁶ La teoría de la democracia moderna se sustenta sobre dos principios articuladores que desembocan a su vez en dos acepciones diferentes. La primera hace hincapié en la construcción sustantiva de la misma que involucra la noción de “bien común” y del cumplimiento de ciertos valores sociales compartidos. Se insta a concebir a la democracia como una forma de vida para la sociedad.

La segunda definición entiende que la democracia es una forma de gobierno que puede ser implementada en sociedades de masas. Esta es la acepción que retomamos en el cuerpo principal del texto.

¹⁷ Esta visión es también compartida por Ansaldi. En cuanto a la llamada “democracia social”, el autor sostiene que “La democracia social aparece hoy, para algunos, como un elemento del pasado y, en el caso de América Latina, como una utopía desechable (si no desechada) casi tanto como la revolución. Hay, en cambio, un énfasis muy fuerte en la democracia política, entendida en la forma clásica de democracia liberal representativa o democracia formal”(Ansaldi, 2003:10).

del “Modelo de consolidación” es dejada a un lado al momento del análisis por estos autores.

Palermo y Novaro (1996) sostienen como punto de partida que durante la gestión menemista en el gobierno no se ha obstruido el proceso que conllevaría a la denominada “consolidación democrática”. Los autores sostienen que por el contrario, Menem habría colaborado con dicho proceso, ya que habría dotado de una estabilidad política inédita y necesaria a la sociedad argentina contemporánea. Según esta mirada, no solo habría beneficiado al sistema político en su totalidad, sino al Partido Justicialista en particular finalizando el proceso de renovación comenzado por Cafiero en los albores de la democracia.

Si bien los autores coinciden con el análisis de O’Donell acerca de la preeminencia que cobra el tipo de responsabilidad vertical que se genera entre Menem y sus electores por sobre la relación que el Ejecutivo establece con los otros poderes, esto no es motivo suficiente para argumentar que el gobierno menemista haya tenido un carácter meramente delegativo y que las demás fuerzas políticas no hubiesen intervenido de alguna forma.

Un estudio pormenorizado acerca de la relación que establece el Ejecutivo con el Legislativo da cuenta de como el presidente ha ido construyendo a lo largo del tiempo y -en función de sus intereses- una serie de coaliciones políticas. Las grandes transformaciones políticas y económicas en la Argentina de los noventa, no se llevan a cabo por el decisionismo presidencial a través del uso de decretos, sino que contó con el apoyo de sectores que también tuvieron algún tipo de incidencia en las decisiones más relevantes para la sociedad argentina en su conjunto. Según los autores: *“La representatividad y la responsabilidad vertical presentes en él se expresan también en que, contra lo que se suele creer, el menemismo no desconoce, ni excluye la promesa en su vínculo con las fuerzas propias”* (Palermo y Novaro 1996:515).

Los autores argumentarían en pos de una posible coexistencia entre un mandato delegativo otorgado por la ciudadanía hacia el presidente y la conformación de un espacio político que propicia una serie de “coaliciones” entre el Poder Ejecutivo y el Legislativo. De esta manera, la cuestión de la delegación quedaría subsumida a la relación entre el presidente y la ciudadanía; la misma relega en su mayoría la atención y solución de los problemas públicos al líder que demuestra ser eficaz en su desempeño gubernamental. A

principios de los noventa, la sociedad requería seguridad económica y Menem supo interpretar y canalizar este pedido. En contrapartida, gran parte de la ciudadanía se replegó al ambiente privado y se desentendió de las cuestiones públicas.

Por otro lado, la relación que estableció Menem con el Poder Legislativo sería más compleja dado que constantemente estaban estableciendo una serie de “coaliciones” con los miembros del partido oficialista y de otros partidos que conformaban la oposición. Se construyó de esta forma, un espacio de negociación en donde se ponían en juego intereses de diversa índole no solo políticos también económicos.

Panizza en su artículo “ Mas allá de la democracia delegativa. La vieja política y la “nueva economía” en América Latina” realiza dos tipos de críticas. La primera es de carácter más general y su principal referente es la llamada “Teoría de la modernización”. Dicha teoría se basa sobre un fuerte presupuesto: que la modernización económica conlleva a la modernización política. Dado que durante los noventa, asistimos a una transformación en el sistema productivo incorporando nuevas reglas del mercado que propician el liberalismo económico, se deduce que estas transformaciones modifican las relaciones en el plano político. Detrás de esta relación existe un principio que lo articula: *el progreso* que se da en el ámbito de la economía otorgará las condiciones materiales necesarias para un cambio sustancial en las prácticas políticas, orientándose, de acuerdo al modelo, hacia un mejor funcionamiento del régimen democrático representativo.¹⁸

La segunda crítica de Panizza se dirige hacia la construcción analítica propuesta por O’Donell, considerando que su aplicación a la hora de estudiar la situación política argentina se torna un tanto reduccionista. El autor sostiene que el análisis de O’Donell no toma debida cuenta del contexto histórico- político en el cual se desenvuelven las acciones realizadas por el Poder Ejecutivo dada “*la importancia de las coaliciones políticas y las limitaciones formales e informales de dicho poder*” (Panizza 2001:161). Panizza afirma que “*Menem hizo uso de la tradición populista del peronismo para asegurarse el apoyo de su partido y aunque inicialmente gobernó en un estilo altamente personalista, lo hizo desde adentro y no desde fuera del sistema político*” (Panizza 2001:180).

¹⁸ Strasser (2001) se ubica en la misma línea de Panizza y analiza con más profundidad la cuestión. Su hipótesis central es que las sociedades latinoamericanas se ven atravesadas por “nuevas” reglas económicas impuesta por el libre mercado a la vez que coexisten “viejas” formas de hacer política.

Si la acción delegativa por excelencia realizada desde el Ejecutivo es el uso indiscriminado de decretos de necesidad y urgencia, durante el gobierno menemista los mismos se firman en los momentos de mayor debilidad política del presidente. En otras palabras, esta medida fue llevada a cabo en aquellas instancias en la cual le resultó a Menem imposible negociar con los distintos sectores. Es en esta situación en particular que hay que destacar el papel de los representantes de la “vieja política” que en los distintos casos, fueron los que animaron o desalentaron, según la ocasión y el interés, el curso de las acciones a seguir.

Según Panizza, la base sobre la cual Menem construye su poder no es meramente la delegación en su persona de una “autoridad superior”, sino que lo fundamental aquí sería su capacidad de negociación para conformar coaliciones que le fueron útiles tanto para la implementación de reformas de cualquier índole como para gobernar. Menem no desconoce al Poder Legislativo y la responsabilidad que comparte con el mismo, es por esta razón que Panizza matiza el presupuesto delegativo que se encontraría en los cimientos que subyacen a la estructura del régimen político en el transcurso de la década.

Finalmente, Bonnet en primer lugar analiza el papel que desempeña la democracia como régimen político en el capitalismo. *“La democracia es un significativo vacío de contenido que emerge de las luchas hegemónicas libradas en su seno y alrededor de su significado, pero esa vacuidad descansa a su vez en una exclusión constitutiva consistente en la separación entre lo político y lo económico inherente al capitalismo”*. (Bonnet 2003:3).

Para el autor es a través de esta modalidad que adopta el régimen democrático el sedimento sobre el cual se construye una nueva hegemonía política que perdura en el tiempo. Bonnet da un paso más argumentando que esta modalidad de democracia delegativa, es una condición de posibilidad para la constitución del régimen político. En palabras del autor: *“Nos limitaremos a indicar los principales argumentos en favor de la idea de que esas transformaciones¹⁹ no autorizan a caracterizar el régimen político vigente como una democracia restringida sino que, más bien, dan cuenta de una nueva hegemonía política duradera, dentro de un marco de plena vigencia de la democracia capitalista- y*

¹⁹ El autor en párrafos anteriores da cuenta de las modificaciones producidas durante la década del noventa que afectan a los mecanismos de poder asociados a la accountability horizontal, las innovaciones legales y las prácticas de gobierno.

que operó como condición de posibilidad de la plena vigencia de esa democracia capitalista.” (Bonnet 2003:9)

En un sentido inverso al que plantea O’Donell dadas las características que adquiere el régimen político, Bonnet señala que la noción de democracia delegativa es una variante más que adopta la democracia capitalista ya que *per se* encubre con el concepto de ciudadanía (la igualdad formal) la figura de clase (desigualdad real). En este sentido, Bonnet otorgaría igual carga valorativa tanto a la democracia representativa como delegativa, a diferencia de O’Donell que aboga por la primera y crítica a la segunda.

A la hora de analizar al menemismo, Bonnet sostiene como argumento principal que *“las transformaciones registradas en la democracia capitalista argentina durante la década no autorizan a interpretarla como una democracia restringida sino que dan cuenta de la existencia de una hegemonía política neoconservadora más o menos duradera, la hegemonía menemista”* (Bonnet 2003:13).

El nudo central del argumento de Bonnet es la funcionalidad de la democracia “restringida” al neoconservadurismo y de allí la ausencia de propuestas de cambios en el funcionamiento por la que aboga O’Donell para un mejor desempeño del régimen político. La crítica principal de Bonnet se dirige hacia esa “relación ideal” que debiera existir entre el desarrollo de una *fase* del capitalismo con un *tipo de democracia*. En este punto, Bonet -salvando las distancias teóricas- se acerca a la visión de Paniza en cuanto a la crítica que éste le realiza a la llamada “Teoría de la Modernización” con respecto al mismo sentido de linealidad que se plantea entre los cambios que se producen en la economía y las transformaciones que *debieran* producirse en las prácticas políticas. Ambos autores están dando cuenta de la funcionalidad que tiene para la reproducción del orden social vigente, la coexistencia de “nuevas reglas económicas” y “viejas formas de hacer política”

La crítica puntual que le realiza Bonnet a O’Donell a la implementación de la noción de democracia delegativa en la Argentina durante los noventa, se pueden reunir en torno a dos grandes cuestiones. La primera alude a la relevancia que adquiere en el análisis de O’Donell el decisionismo presidencial, en contraposición Bonnet da cuenta de la existencia de una nueva hegemonía política que tiene un papel fundamental en las decisiones que se toman a nivel gubernamental.

El ejemplo paradigmático que utiliza el autor para confrontar este fuerte presupuesto de decisionismo presidencial es la reforma de la Constitución Nacional durante 1994. Ante el éxito de las prácticas reformistas implementadas desde el gobierno y la amenaza de un plebiscito, gran parte del elenco político privilegiando el *statu quo* obtenido hasta el momento, apoya la reforma de la constitución que le permite a Menem ser elegido nuevamente como presidente por otro período consecutivo de gobierno. Para Bonnet, este suceso es una prueba contundente del “*contubernio entre los dos principales partidos burgueses*” quienes a través del Pacto de Olivos demuestran su conformidad con la decisión del presidente. Esta situación de negociación de espacios e intereses, es una muestra clara para Bonnet de lo inapropiado que resulta la categoría “delegativa” que presenta O’Donnell a la hora de analizar la situación política argentina.

La segunda cuestión de la cual disiente Bonnet de la perspectiva que presenta O’Donnell se relaciona con el papel que cumplen los decretos de necesidad y urgencia. Para O’Donnell esta práctica viola la división de los poderes republicanos, deteriorando seriamente la accountability horizontal durante la gestión menemista. Bonnet por su parte, considera que no es una condición suficiente la imposición de políticas vía decretos para sostener que la democracia por esta práctica se restrinja en su funcionamiento. El estilo decisionista es una característica de nuestra cultura política dada la fuerte impronta presidencialista que la misma contiene y por otra parte, Bonnet sostiene que la adopción masiva de este tipo de medidas se concentró en los primeros años del gobierno de Menem cuando recién se estaba conformando la luego denominada “hegemonía menemista”. En este punto, también encontramos una coincidencia con la visión de Panizza acerca del uso de esta medida y como esto se vincula con la debilidad política de Menem y no con su fortalecimiento político.

Según Bonnet, el uso de decretos de necesidad y urgencia, más que reivindicar un estilo particular de toma de decisiones, se vincularía con la implementación de una serie de estrategias reformistas que se imparten desde el gobierno menemista para consolidarse en el poder. Es en este sentido donde autores como Maurich y Liendo (1998) sostienen como hipótesis principal que los motivos por los cuáles Menem utiliza a esta medida, son de diversa índole, entre los que se mencionan al “factor sorpresa”, al decreto considerado como “último recurso” o en algunos momentos como “golpe preventivo” para aquellos

casos en el que los miembros del Poder Legislativo no acepten la propuesta por él requerida.

Parte III: Consideraciones Finales.

Las líneas que buscan analizar al menemismo tanto sea desde el funcionamiento de la democracia como en clave populista, parten de la escisión que se ha producido entre la sociedad civil y el régimen político. Esta situación pone en cuestionamiento la posibilidad de “representar” los intereses cada vez más heterogéneos de los actores sociales.

A su vez, esta “crisis de representación” también da cuenta del papel que cumplen los partidos políticos como intermediarios entre la sociedad civil y el régimen político. El mal o buen funcionamiento de los mismos será entonces un condicionante para el desenvolvimiento de la democracia representativa en su totalidad. Entre fines de los ochenta y principios de los noventa, en Argentina, los partidos políticos son acusados de un mal desempeño dada su ineficacia a la hora de resolver las cuestiones más candentes, fundamentalmente las vinculadas con el aspecto económico.

Asimismo los autores coinciden que esta crisis no se produce solamente en nuestro país. El proceso se realizaría a escala mundial, ya que estaríamos asistiendo a la caída de las llamadas “democracias de partidos” y al advenimiento de las denominadas “democracias de audiencia”. Según Touraine (1995) la política se ha escindido en dos modalidades: la política representativa y la política comunicacional. La primera adquiere un sentido laxo dada la preeminencia que toma la segunda. Los dirigentes políticos dejan de considerarse los representantes de los intereses del pueblo, su principal preocupación es cultivar una imagen, hacerse atractivos a un público- el electorado-para obtener apoyos en los comicios. Se instaura de esta forma, una nueva modalidad en donde los políticos se presentan desde los medios de comunicación a audiencias compuestas por receptores pasivos y desmovilizados.

En la Argentina durante los noventa, según varios analistas, parecería que ha adquirido mayor relevancia la representación que se basa en una relación directa entre el líder y la masa en detrimento de una relación establecida con los representantes de los partidos políticos. Existen líneas de investigación que sostienen que hay una mutación en la forma de representar, pero que en esencia se conservan los lineamientos fundamentales de las “democracias de partidos”.

Por otro lado, hay autores que sostienen que estaríamos en presencia de novedosas formas de representación dada la existencia de nuevos vínculos políticos, razón por la cual, existiría una democracia denominada “democracia de audiencias”.

Con respecto a las distintas formas que adquieren las prácticas políticas durante la década del noventa en la Argentina, encontramos que existen varios escritos acerca del tema. Aunque no se han desarrollado *in extenso* en este trabajo, la línea que presenta Nun (1995) y Quiroga (1997) incorpora elementos que dan cuenta de cómo Menem articula su campaña electoral hacia la presidencia en 1989, incrementando el uso de los medios de comunicación, a la vez que disminuyen los actos multitudinarios al “estilo peronista” como solían realizarse en otras épocas.

Por otro lado, encontramos posturas que denominamos de tipo intermedio- entre la novedad y la continuidad- con respecto a las distintas formas de “hacer política”. Svampa y Martucelli sostienen que durante la campaña hacia la presidencia, Menem construyó un perfil farandulesco propagado por los medios de comunicación a la vez que con su “menemóvil” mantenía un contacto directo con la población. A través de estas dos modalidades, Menem capta la atención de la gente identificándose con la figura de un *Salvador* con ciertas reminiscencias cristianas, proclamado la *revolución productiva* a través un lenguaje simple y llano. Esta *performace*²⁰ que presenta ante el electorado es otra estrategia política que utiliza para diferenciarse de la burocracia partidaria.

A lo largo de este trabajo hemos indagado acerca de las categorías analíticas que se han utilizado para interpretar al menemismo como fenómeno político. Desde el punto de vista conceptual, populismo y democracia se vinculan en la bibliografía de diversas formas. La primera relación que se establece entre ellos los tiene como antagónicos: ante el “fracaso de la democracia” la contrapartida es el “éxito del populismo”.

Taguieff (1996:30) sostiene que el “*populismo, entonces se define en relación con una idea de democracia, esto es en relación con un tipo de régimen o un ideal político. Esta relación sólo tiene sentido en términos de corrupción ideológica: el populismo es*

²⁰ Utilizamos el concepto de *performace* tal como lo plantea Auyero, “*como un conjunto de prácticas mediante las cuales los actores se presentan a sí mismos y su actividad en interacciones públicas; actividad que sirve para influir en los otros interactuantes*”, en Auyero, J (2001) La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo, Editorial Manantial, Buenos Aires, p. 135.

entendido como una forma patológica, pseudo y postdemocrática, producida por la corrupción de los ideales democráticos”.

Por otro lado y esto se ve reflejado en la literatura de los noventa, se establece una posible “coexistencia” entre los conceptos. Martucelli y Svampa (1997:104) argumentan que *“El populismo como la democracia acepta la idea de que el pueblo es la fuente final de toda autoridad, a diferencia de la democracia para quien esta soberanía sólo expresa a través del recurso periódico y formal de las urnas (lo que supone la aceptación cabal de una cultura individualista, esto es la construcción de una representación de la sociedad como un agregado contingente de intereses heterogéneos) el populismo, por el contrario, excede esta medida por una suerte de nostalgia comunitaria que es a su vez reinterpretada como la culminación de una aspiración propia a toda democracia: la constitución de un pueblo soberano. Para la democracia no hay “sustancia” solo “forma”. Para el populismo la forma política apunta a expresar (y constituir) la sustancia de lo popular”*

Sin lugar a dudas, el populismo posee como término una fuerte carga valorativa y peyorativa. Al respecto, coincidimos con la postura de Taguieff (1996:30) al presentar al populismo como *“un término deslegitimador (...) cualquier doctrina, movimiento considerado cuestionable, despreciable o hasta intolerable es rotulado como “populista”.* A pesar de toda la *herencia que carga sobre sí,* sigue siendo utilizado por los autores en ciencias sociales. Posiblemente el problema sea que el populismo se ha vuelto *popular* y se lo emplea como adjetivo para calificar a cualquier tipo de fenómeno.

Para muchas líneas de interpretación, el populismo se presenta como una “tabla de salvación” o “categoría residual” cuando los modelos teóricos foráneos no se “ajustan” a las realidades políticas latinoamericanas. Taguieff (1996:45) sostiene que *“el término populismo se utiliza para denotar todo lo que todavía no está verdaderamente conceptualizado”*

Tal vez, una de las cuestiones que posiblemente serían útiles de resolver giran en torno a estos interrogantes: ¿qué aspecto de la política aborda el populismo? ¿Para qué nos puede ser útil como concepto? En la primera parte del trabajo, visualizamos que tanto en los “viejos” como en los “nuevos” populismos, el común denominador ha sido el abordaje de la relación que se establece entre el líder y la masa. Otro elemento fundamental es el principio sobre el cual se produce el proceso de identificación entre ambas partes. Este es

un aspecto que consideramos central para la construcción de los liderazgos y de la política en general.

Dentro de la perspectiva latinoamericana- tomando en cuenta las lecturas de Zermeño, Roberts y Knight- el populismo durante el comienzo de la década se complementa y coadyuda a la implementación de políticas económicas de tipo neoliberal. El regreso del líder ante una situación de caos social, es el que permite reorganizar tras su figura a una sociedad que se encuentra deprovista de los lazos que antaño unían a sus partes con el todo. El líder, aún a riesgo de ser ambiguo, promete “solucionar” todos los requerimientos que se le presentan.

Una cuestión que se encuentra explícita o implícitamente en las lecturas realizadas que abordan la relación populismo-neoliberalismo y populismo- menemismo es la situación paradójica que se presenta entre el líder y los sectores más vulnerables de la estructura social²¹. Si a nivel macroestructural las políticas económicas son altamente excluyentes y profundamente antiestatistas a nivel microestructural se distribuyen recursos vía políticas de asistencia altamente focalizadas que logran -de alguna manera- atenuar las consecuencias sociales.

Estas medidas de origen estatal tienen una estrecha relación con la figura del líder que las pone en marcha y contribuye a establecer un tipo de relación simbólica y material que permite crear a los actores una cierta “ilusión de integración”. Esta situación, a su vez, redefine el papel que cumplen los partidos políticos (en este caso particular el Partido Justicialista) dado que la distribución de estos “recursos” podrían ser uno de los “motores” principales de las llamadas maquinarias electorales.²²

En el transcurso de la década, y para el caso argentino en particular, la ciudadanía reclamó “resultados” y eficacia a la hora de gobernar. Esta nueva situación impulsó - según algunos autores- a nuevas formas de vinculación política desde una lógica diferente para la construcción de un proceso de identificación entre el líder y la masa basado en un nuevo principio: la escenificación. Es a partir de este principio sobre el cual se articula el llamado neopopulismo.

²¹ Hay un detalle que nos llamó la atención: cuando se analiza la relación entre el líder y la masa, los estudios se enfocan siempre al vínculo que se establece entre el populismo y los sectores populares (valga la redundancia). No hemos encontrado estudios que aborden la relación que del líder con otros sectores (como por ejemplo los sectores medios y altos), teniendo en cuenta los resultados electorales del año 1995 que llevaron a Menem a su segundo mandato electoral.

²² Estamos conscientes que esta afirmación debería ser estudiada con más detalle.

Para el caso argentino, Novaro es el autor que mas profundiza la relación menemismo- populismo. Dada la crisis de representación partidaria, el autor sostiene que se da lugar a una relación más directa entre el líder y sus adherentes. El vínculo que se establece entre ambas partes se sustenta sobre un nuevo principio: la escenificación dando lugar a la conformación de una nueva identidad política. El vínculo se sustenta sobre una “puesta en escena” por parte del líder quien dice representar los intereses de la “nación” en su conjunto. Menem durante el transcurso de su gobierno, sería el que líder sobre el cual se articula un proyecto de país en donde confluyen una serie de intereses que provienen de los distintos sectores sociales.

Ahora bien, revisado los distintos textos que escribe Novaro durante los noventa acerca de la cuestión, nos surge diez años después, a la luz de los acontecimientos posteriores, reevaluar la utilidad conceptual que tiene el uso de la categoría neopopulista para el caso menemista. El punto álgido de la cuestión es la aparente transitoriedad que tuvo el lazo que construyó Menem con sus adherentes. Actualmente, son escasos los ciudadanos que se proclamen en forma abierta y -sin sonrojos- como seguidores del mismo. Esta situación nos brinda los indicios suficientes que nos alienta a revisar hasta que punto es útil construir una identidad política que se sustente sobre la llamada teoría la escenificación.

Encontramos que, a su vez, esta teoría presenta puntos en común con la posición de Martucelli y Svampa acerca de la creciente personalización de la política y la manera en que se construye una relación entre un jefe que no posee un “aura carismática” con la ciudadanía por un lapso determinado. Desde esta perspectiva, lo fundamental es el puesto gubernamental y el interés que suscite el jefe estará mediado por su labor ejecutiva. Esta situación torna casi imposible la constitución de un lazo que perdure en el tiempo y por ende en una nueva identidad política.

Tal vez, se podría expresar - a modo de hipótesis- que las identidades populistas se sostienen no solo con un tipo de identificación de tipo instrumental construida con el líder de turno, como pretendiera la versión neopopulista. Existirían otras cuestiones, relacionadas no solo con la proyección- identificación por parte del líder con la masa sino con la articulación de lealtades.²³

²³ Este aspecto de la cuestión, no lleva a pensar -una vez más- en cuáles son las posibilidades reales de representar los diversos intereses de la sociedad a través de la figura de un líder.

Otra posibilidad es seguir el planteo que presenta Aboy Carlés y argumentar que la identidad populista, para constituirse en forma sólida y permanente debe construirse a partir de dos dimensiones que son antagónicas entre sí: la dimensión estatal que aboga por la integración al orden existente y la dimensión nacional-popular que busca romper con lo estatuido.

Retomando una de las cuestiones centrales de la primera parte de este trabajo, podemos decir que la principal crítica que se le hace al planteo de Novaro es la escasa o nula posibilidad de construcción de un vínculo político permanente entre Menem y sus seguidores. En un artículo publicado recientemente, Novaro (2004) da cuenta de esta crítica y hasta cierto punto, se podría decir que la acepta y presenta argumentos para explicar el breve *affaire* que tuvo el neoliberalismo con el tradicional populismo peronista.

El primer punto de contacto entre ambas posturas tan antagónicas entre sí, es la exaltada proclama que se le realiza al llamado “realismo hiperprágmatico”, que en los primeros tiempos del gobierno de Menem fueron muy útiles, ya que se complementaba con la idea de “recuperar el tiempo perdido”. Este slogan encuadraba perfectamente dentro de un contexto de profundas crisis en donde teníamos la “última y única oportunidad” de cambiar el curso de nuestra historia. Se construye de esta manera, un consenso acerca de la necesidad de llevar a cabo medidas drásticas, “cirugía mayor sin anestesia” en los términos de Gambina y Campione.

Es en esta búsqueda de recuperar el “tiempo perdido” en donde Novaro plantea el contenido moral de todas las prácticas políticas del presidente. En otras palabras, la convicción más fuerte que sostiene Menem es la necesidad de dejar atrás lo más rápidamente posible un pasado caótico y turbulento en varios aspectos, fundamentalmente el económico. Y la “receta” que se presentaba como “la gran solución” al “gran problema” era la neoliberal.²⁴

Probablemente sea en esta solución que a corto plazo nos hizo creer en la “ilusión del ingreso al Primer mundo” donde resida uno de los fracasos a largo plazo del menemismo. O en otras palabras, lo que fue una solución, con el transcurrir del tiempo se torna en un problema. En palabras del autor: “*Ello permitía concebir el ejercicio del*

²⁴ Otra discusión aparte, que trasciende a este trabajo, es la forma en la cual se implementaron las medidas del libre mercado.

gobierno como emanación de una voluntad única, destinada a dejar una huella imborrable a través de un cambio histórico acelerado, profundo y desde todo punto de vista, improbable. Porque el desafío era, como Menem no se cansó de repetir “hacer lo imposible” (Novaro 2004:209).

Lo imposible hubiese sido que lograra eficazmente recuperar este “tiempo perdido” para refundar- una vez más- la “nación”. Detrás de un ambicioso e inalcanzable plan de gobierno, se ocultaba la complicidad de muchos actores estatales con lo realmente existente, o con lo que estaba a su alcance realizar y no llevaron a cabo.

En su último trabajo Novaro señala además otros aspectos sobre el menemismo que vale la pena mencionar. La primera cuestión que nos pareció interesante da cuenta de la “mala prensa” que tiene la década menemista actualmente y de la condena moral que pesa sobre la misma. A esto, hay que sumarle el poco interés que ha demostrado tener para los “intelectuales a largo plazo” como objeto de estudio. Novaro sostiene que esto se debe al divorcio que se produce entre Menem y el mundo de las ideas, dado que el mismo hizo bandera de su “antiintelectualismo” desde los tiempos de campaña electoral, allá por 1989.

Por otra lado, los intelectuales vieron en él a un oportunista, un cínico que maximizó todos sus acciones con el único fin de permanecer en el poder. La política en los noventa se vacía de contenido y la “ética de la convicción” se ve reemplazada por la “ética de los resultados”. Si bien el planteo que presenta Novaro tiene como objeto matizar esta cuestión y poner en juego otras variables para el análisis sobre el menemismo, hay un sedimento de presupuestos teóricos que se han anclado y que parecen imposibles de eludir.

Otra cuestión que el autor trae a colación, es la existencia de un efecto no deseado de la década: el antimenemismo, el cual conserva más rasgos en común con su antagónico de los que quisiera admitir. Finalmente, aunque no lo desarrolla demasiado, Novaro señala otra “herencia” del decenio: los legados imaginarios del menemismo.

En la segunda parte de este trabajo desarrollamos la relación que se establece entre menemismo y democracia. Cabe entonces realizar la misma pregunta que formuláramos al populismo ¿que aspectos de la prácticas políticas se abordan desde esta mirada? El principal interés de algunos científicos sociales sobre los cuales hemos reflexionado, han orientado su estudio a las instituciones y su funcionamiento. Los mismos parten con

algunos presupuestos *a priori* muy fuertes. En primer lugar, cuando se analiza el desenvolvimiento de la democracia durante los noventa, la mirada está enfocada hacia las relaciones que se establecen entre el Poder Ejecutivo y el Poder Legislativo.

En segundo lugar, otro aspecto en común que posee la bibliografía que aborda la cuestión democrática es la fuerte impronta que tiene la aplicación de “modelos”. Este aspecto fue mencionado cuando presentamos las propuestas de O’Donnell y su “democracia delegativa” y Quiroga y su “democracia decisionista”. Ambos enfoques presuponen la existencia de un poderoso Poder Ejecutivo y un débil Poder Legislativo.

Podríamos pensar que a través de estos escritos los autores continúan reeditando el viejo dilema que ya se presentaba en la bibliografía de la década anterior y que posee una “*larga tradición*” en la historia política argentina; el debate acerca de la existencia de un robusto “presidencialismo” ante un siempre frágil e indeciso “parlamentarismo” y las consecuencias nefastas que esto tiene en el funcionamiento de la democracia. Se presenta, a nuestro entender, un fuerte posicionamiento por parte de O’Donnell y Quiroga que oscurece la utilidad metodológica que poseen los conceptos en pos de la realización de *un deber ser democrático*.

Es por tal motivo que incorporamos los trabajos de Palermo y Novaro, Panizza y Bonnet ya que parten de las *prácticas democráticas realmente existentes* insertas dentro de un contexto histórico particular. El uso del término “coalición” por otra parte, nos remite a *todos* los miembros del régimen político que tuvieron un rol fundamental en el transcurso de la década. Estas visiones a su vez, nos permiten pensar al menemismo sin Menem, es decir, reubicar la cuestión de las prácticas políticas dentro de un espectro mayor, que trascienda al mero personalismo.

Al respecto- aunque no hemos realizado un abordaje exhaustivo- son pocos los trabajos de investigación que se enfocan desde una perspectiva que tome como eje central a las “coaliciones” que se produjeron entre los distintos actores que conformaron tanto el Poder Ejecutivo como el Poder Legislativo durante los noventa.

Tanto en los estudios realizados desde un enfoque populista como democrático para este caso en particular, un punto en donde todos confluyen se relaciona con las diversas estrategias de construcción y consolidación del liderazgo en Menem. El populismo aporta elementos para analizar la relación que se establece entre el líder y la masa a través

del principio sobre el cual se busca construir una relación de autoridad deliberadamente verticalista. En cambio, las lecturas que indagan acerca del funcionamiento de la democracia, enfocan su mirada en la forma en como se articulan los distintos poderes y fundamentalmente cual es el rol político que adopta Menem en la toma de decisiones dentro de las coaliciones que conforma en busca de apoyo.

Por lo expuesto, podemos sostener que desde los distintos puntos de vista que hemos abordado en este trabajo, se han podido indagar aspectos que son complementarios entre sí a la hora de analizar al menemismo como fenómeno político. Creemos que la cuestión no pasa por tomar partido acerca si una mirada es mejor que la otra, sino la de mostrar que cada una es útil en sí misma. Tratándose del populismo y la democracia la aclaración que acabamos de realizar no es menor, dada la carga valorativa -tanto positiva como negativa- que tienen ambos conceptos y la forma en que se los emplea tanto en ámbitos académicos como foráneos. Aún así, especialmente para el caso del populismo, es necesario revisar la utilidad metodológica que posee a la hora de analizar la situación política argentina contemporánea.

Finalmente, podemos concluir la labor, volviendo a nuestro punto de partida. Desde el título de este trabajo buscamos visualizar al menemismo como fenómeno político a través de una *encrucijada de miradas*. Esto no permitió por un lado, hallar en el fenómeno una serie de continuidades con la tradición política argentina que lo antecede. Mientras que por otro parte, el menemismo si bien rompió con algunas formas de hacer política típicas del peronismo, esto no significó que- ni por un instante-, Menem dejara de lado o abandonase el *espíritu del movimiento*. Por el contrario, logra existosamente conjugar lo tradicional con lo novedoso, instaurando a través de su estilo particular, nuevas prácticas políticas que en la actualidad siguen vigentes.

Bibliografía General.

- Aboy Carlés, G (2002) “*Repensando el populismo*” en Política y Gestión, Ediciones Homo Sapiens, Rosario.
- Ansaldi, W (2003) “*La democracia en América Latina, más cerca de la precariedad que de la fortaleza*” mimeo.
- Auyero, J (2001) La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo, Editorial Manantial, Buenos Aires.
- Basualdo, E (2001) Sistema político y modelo de acumulación en la Argentina. Universidad Nacional de Quilmes-FLACSO-IDEP, Bernal.
- Bobbio, N. y Matteucci, N, (dir), Diccionario de política, vol. 2, Siglo XXI, México.
- Bonnet, A (2003) “*Reflexiones sobre la democracia argentina de los noventa*” mimeo.
- Cheresky, I y Pousadella, I (2001) “*Política, instituciones y ciudadanía en América Latina*” en Cheresky, I y Pousadella, I (comps.) (2001) Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Clarín (1999) Suplemento Zona.
- Knight, A (1994) “*El abrigo de Arturo Alessandri: populismo, estado y sociedad en América Latina, siglo XX*” en AAVV. Transformaciones sociales y acciones colectivas. América Latina en el contexto internacional de los noventa, El colegio de México, México.
- Laclau, E.(1978) “*Hacia una teoría del populismo*” en Política e Ideología en la Teoría Marxista, Siglo XXI.
- Mackinnon, M y Petrone, A (1998) Populismo y neopopulismo en América Latina. El problema de la cenicienta, Editorial Eudeba, Buenos Aires.
- Martucelli, D y Svampa, M (1997) La plaza vacía. Las transformaciones del peronismo, Editorial Losada, Buenos Aires.
- Manin, B (1996) “*Los principios del gobierno representativo*” en Revista Sociedad n°6
- Maurich y Liendo (1998):¿*Estilo decisionista de gobierno o estilo decretista de gobierno? La Argentina de Alfonsín a Menem*, en E.Kvaternik (comp): Elementos para el análisis político. La Argentina y el cono sur en los 90 Paidós/USAL, Buenos Aires.

- Mora y Araujo (1995) “*De Perón a Menem. Una historia del peronismo*” en AA.VV, ed. Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina. Ediciones El cielo por Asalto, Buenos Aires.
- Novaro, M (1995) “*Crisis de representación, neopopulismo y consolidación democrática*” en Revista Sociedad n° 6, Buenos Aires.
- Novaro, M (1996) “*Los populismos latinoamericanos transfigurados*” en Revista Nueva Sociedad n° 144, Venezuela.
- Novaro, M (1999) Entre el abismo y la ilusión. Peronismo, democracia y mercado. Editorial Norma, Buenos Aires.
- Novaro, M (2004) La historia reciente. Argentina en democracia, Editorial Edhasa, Buenos Aires.
- Nun, J (1995) “*Populismo, representación y menemismo*” en AA.VV, ed. Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina. Ediciones El cielo por Asalto, Buenos Aires.
- O’Donell, G (1997) *¿Democracia Delegativa?* En Contrapuntos, Editorial Paidós, Buenos Aires,
- Palermo, V y Novaro, M (1996) Política y poder en el gobierno de Menem. FLACSO-Norma, Buenos Aires.
- Panizza, F (2001) “*Más allá de la democracia delegativa. La “vieja política” y la “nueva economía” en América latina*” en Cheresky, I y Pousadella, I (comps.) (2001) Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Peruzzoti, E (2001) “*La democratización de la democracia. Cultura política, esfera pública y aprendizaje colectivo en la Argentina posdictatorial*” en Cheresky, I y Pousadella, I (comps.) (2001) Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Portantiero, J (1995) “Menemismo y peronismo. Continuidad y ruptura” en Peronismo y menemismo. Avatares del populismo en la Argentina, Buenos Aires, El cielo por asalto.

- Roberts, K (1998) “*El neoliberalismo y la transformación del populismo en América Latina. El caso peruano*” en Mackinon y Petrone (1998) “Populismo y neopopulismos en América Latina.El problema de la Cenicienta, Editorial Eudeba, Buenos Aires.
- Strasser, C (2001)“*¿Nuevas formas de la política o pérdida de la política*”? en Cheresky, I y Pousadella, I (comps.) (2001) Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Taguieff (1996) “*Las ciencias políticas frente al populismo: de un espejismo conceptual a un problema real*” en Populismo posmoderno, Universidad Nacional de Quilmes, Bernal.
- Touraine, A “*Las políticas nacional-populares*” en Mackinon y Petrone (1998) “Populismo y neopopulismos en América Latina.El problema de la Cenicienta, Editorial Eudeba, Buenos Aires.
- Viguera, A (1993) “*Populismo y neopopulismo en América Latina*” en Revista Mexicana de Sociología, México, 2/1993
- Quiroga, H y Iazetta, O (1997) Hacia un nuevo consenso democrático. Conversaciones con la política, Editorial Homo Sapiens, Rosario.
- Quiroga, H (2001) “*La democracia posible: un cruce entre procedimientos, valores y políticas*” en Cheresky, I y Pousadella, I (comps.) (2001) Política e instituciones en las nuevas democracias latinoamericanas, Editorial Paidós, Buenos Aires.
- Zermeño, S (1998) “*El regreso del líder*” en Populismo y neopopulismos en América Latina.El problema de la Cenicienta, Editorial Eudeba, Buenos Aires.